

El dios del trueno – Benín

Anna Agbanvor

Sin ninguna advertencia el rayo estalló sobre el árbol a cuya sombra ella descansaba.

[Pídale a una mujer que presente este relato en primera persona.]

Mi padre era un gran sacerdote en el sur de Benín. Pude comprobar personalmente cuán poderoso puede ser el vudú. Puede matar y es capaz de sanar y dar la impresión de suspender las leyes de la naturaleza.

Estaba embarazada y había pasado más allá de los nueve meses, pero no podía entrar en trabajo de parto, y el bebé no podía nacer. Alguien me había puesto un hechizo. No había un hospital moderno donde atenderme, y me sentía miserable. Pero un grupo de cristianos adventistas de la aldea donde vivía supieron de mi problema y llegaron para orar por mí y por mi bebé. Poco después de su oración entré en trabajo de parto y nació mi bebé.

Desde ese momento comprendí que el Dios de los cristianos es infinitamente más poderoso que los dioses del vudú. Decidí adorar al Dios viviente, y mi esposo y yo comenzamos a estudiar la Biblia con los adventistas, y nos preparamos para el bautismo.

Pruebas y tragedia

Mis familiares estaban furiosos porque les había dado la espalda a los

dioses de la familia. Ellos nos advirtieron que nuestra decisión podría costarnos la vida. Pero estábamos decididos a nunca regresar a la adoración de la oscuridad. Una vez que uno deja el vudú, es una insensatez acercarse a él nuevamente.

Entonces mi padre, un sacerdote del vudú, murió. Todos en la familia esperaban que fuera al funeral, lo cual incluía muchas ceremonias: bailes, invocación a los espíritus y tomar alcohol. Durante estas ceremonias los sacerdotes tienen poder sobre la gente, así que rehusé ir al funeral de mi padre. Los sacerdotes y mis familiares amenazaron a mi familia —mis hijos, mi esposo y yo— si no íbamos. Pero rehusé colocarme en el terreno de Satanás.

Esa noche oramos antes de irnos a la cama. Durante la noche me desperté sintiendo una urgencia de orar. Me arrodillé y oré pidiendo la protección de Dios. De repente escuché truenos, como si una gran tormenta se acercaba. Entonces, sin previo aviso, la casa se desmoronó alrededor nuestro. Cuando recobré los sentidos, vi que el techo había caído en una sola pieza, protegiéndonos así de ser aplastados. Pero tenía los brazos y las piernas quemados por el rayo que

había golpeado la casa. Grité pidiendo ayuda desde la puerta, pero la gente que había visto el rayo caer y la casa desmoronarse estaban seguros de que habíamos muerto y salieron corriendo.

Una muerte en la familia

Cuatro días más tarde me dejaron salir del hospital. Sólo entonces supe que mi hijo mayor, que vivía en otra aldea, había muerto el día que me golpeó el rayo. No me atreví a ir a su funeral, porque sabía que mi hermano, quien había tomado el lugar de mi padre como sacerdote mayor para el vudú, me mataría por haber abandonado los dioses de la familia.

No era seguro que nosotros regresáramos a nuestra casa, porque las costumbres dictan que ofrezcamos sacrificios a los demonios para que “limpien” de malos espíritus la casa. Los miembros de la iglesia nos ayudaron a encontrar una casa para rentar y se llevaron a nuestros hijos a sus casas por seguridad de ellos.

Estaba muy triste. Había perdido a mi hijo y mi casa en el mismo día, y sabía que mi propio hermano estaba poniendo estos hechizos, tratando de forzarnos a dejar a Dios y regresar al vudú. Pero la tragedia nos llevó más cerca de Dios. Oramos más y confiamos más en él cada día.

No hay regreso

Cada día la vida es un desafío para nosotros. Algunas personas creen que

soy una bruja, porque el dios del trueno no pudo matarnos. Otros han puesto “juju”, artículos del sacerdote del vudú, al lado de nuestra puerta. Yo sólo los tiro a la basura.

La gente me dice que la vida sería más fácil si sólo regresara a la religión de mi padre, pero para mi familia y para mí no hay retorno. Comparto mi fe con otros y les digo que mi Dios me salvó del dios del trueno. Quiero que todos conozcan que mi Dios es más poderoso que cualquier vudú que la gente quiera usar en contra mía. Alabo a Dios porque nos guió a la verdad y lo podemos adorar.

Nuestra congregación tiene 70 u 80 miembros, y nos reunimos en un pequeño garaje. Es difícil invitar a otros a adorar a Dios en un garaje. La gente pobre vendrá, pero aquellos que tienen dinero se ríen de nosotros. Y porque no cabemos todos en el garaje, cuando llueve algunos no pueden llegar a la iglesia.

Sus ofrendas semanales para las misiones ayudarán a alcanzar a los que han sido ennegrecidos por la oscuridad espiritual. Parte de las ofrendas para este decimotercer sábado ayudarán a edificar iglesias para congregaciones tales como las nuestras por toda la División Africana Centro-occidental. Cuando usted dé, recuerde las necesidades de Benín y África Occidental.

Anna Agbanvor vive cerca de Cotonou, Benín, donde comparte su fe.